

40.^a CONFERENCIA

TEMA

El Bandolerismo.—Sus orígenes y tradiciones.—Sus causas permanentes y accidentales.—Sus caracteres y formas diversas.

ORADOR

D. NARCISO CAMPILLO

Señores:

Ciertamente es árduo empeño dar una buena conferencia en este sitio y en el seno de esta Sociedad, celebrada dentro y fuera de España por su proverbial cultura: en este sitio digo, donde aún resuenan las voces elocuentes de nuestros más iusignes oradores, que han escogido para tema de sus discursos ya el engrandecimiento, decadencia y ruina de imperios y naciones; ya los varios y terribles lances de la guerra; ya las altas especulaciones científicas, ó las bellezas artísticas y literarias; ya, por último, los inventos y la suerte de los nobles bienhechores de la humanidad, que fueron casi siempre á la par de grandes inventores, grandes mártires de la civilización y del pensamiento, á quienes hoy damos tardía satisfacción honrando su modesto sepulcro... si es que sepulcro han tenido, y no los arrojaron desdeñosamente á la fosa común el menosprecio ajeno y su propia desventura.

Ni me ha tocado en suerte ninguno de tales asuntos, ni mi escasa elocuencia podría tal vez elevarse á su al-

tura: ¿qué diría yo que ya no hayan escrito y dicho cien plumas y cien lenguas, merecedoras de todas las alabanzas de la fama? Ciertamente más limitado, aunque no menos difícil por la especial índole de su naturaleza misma, es el tema que de un modo sumario voy á tratar ahora para no cansar vuestra atención, abusando de vuestra benevolencia. Este asunto es el bandolerismo, examinado en sus causas, en su historia y en sus formas permanentes y accidentales, sin olvidar los remedios más eficaces de semejante dolencia ó plaga social.

Y debo deplorar aquí ser yo el encargado de esta conferencia. Mucho más cumplidamente la desempeñaría quien antes nos prometió darla, y hoy, por falta de salud, me cede su lugar, aunque no sus especiales y profundos conocimientos.

Así como el cuerpo humano padece de ciertas enfermedades, que á la larga suelen minar y destruir la existencia, de igual modo y desde las edades más remotas la sociedad tiene en su complicado organismo ciertos males, y uno de ellos es sin duda este que sirve hoy de tema y asunto para la conferencia actual. Si examinamos sus orígenes, claro es que proviene de todas las malas pasiones, singularmente de las engendradas por la ignorancia y la miseria unidas en funesto maridaje. Abriendo las páginas de la historia, las páginas relativas á los tiempos más remotos, hallamos la existencia de este cáncer, que parece anejo á la sociedad, según en todas épocas y regiones se manifiesta y propaga, siempre igual en su fondo y cambiando solamente de circunstancias y formas.

En las primitivas épocas y hallándose la sociedad escasa de medios para reprimir este daño, apela al sentimiento religioso, innato en el hombre, y coloca los sitios más adecuados para el latrocinio y la violencia bajo la protección de dioses tutelares, como sucedió en

los antiguos imperios asiáticos, en Egipto, Grecia y Roma. Ciertos lugares solitarios y sombríos, desfiladeros de montañas, selvas inextricables y espesos bosques, derrumbaderos y barrancos, por la propia configuración del terreno que ofrece sorpresa y ventaja en la acometida y facilidad para la fuga, por su aspecto salvaje y lúgubre, son funestos para la moral y parecen hechos expresamente para la emboscada y el lazo, el asesinato y la rapiña. En estos lugares peligrosos y temibles solían erigirse templos, que eran á la vez religiosa protesta contra todo crimen, asilo de caminantes, y en ocasiones depósito de caudales públicos. Debo de advertir que en lo antiguo no se miraba el robo, y por consiguiente, al ladrón con el profundo menosprecio de hoy: dicese que las primitivas leyes de Esparta, con objeto de afinar la penetración y astucia de los ciudadanos para emplearlas después en los ardides de la guerra, consentían el hurto, siempre que fuese hecho de ingeniosa manera. Sólo indica esto el atraso de aquellas gentes y su sencillez infantil, caso de ser verdad; pues en lo antiguo, no era el hurto, sino el robo á mano armada la ordinaria forma de que para apoderarse de lo ajeno se valían los malhechores. Las famosas empresas de Hércules, Teseo, Jason, Piritóo y otros semi-dioses y héroes de los tiempos fabulosos, interpretadas hoy racionalmente por la crítica, se reducen en su mayor parte á la persecución y exterminio de bandoleros, dando la seguridad posible entonces á las poblaciones rurales, á los bosques y caminos, y contribuyendo así al desarrollo y prosperidad de la agricultura y del comercio.

Después de haberse enseñoreado de toda la península italiana, desbórdase Roma por los tres continentes del antiguo mundo, y acreciendo de una manera fabulosa su extensión y poderío, llega por la fuerza de las armas y su constante política de absorción á ser el nú-

cleo del orbe y el vasto centro á donde confluye la humanidad entera. De la capital romana escribe Tácito, en el libro XV de su historia, estas palabras que la honran muy poco:—«Roma, ciudad inmensa de ladrones.» Y no es difícil, examinando las circunstancias de aquel tiempo, comprender la afirmación del historiador, el motivo que la inspiraba y la verdad que encierra.

Efectivamente, Roma era entonces no sólo el núcleo, sino el cerebro, el corazón y la vida del mundo; era una ciudad vastísima poblada de muchos millones de habitantes, donde se codeaban diariamente el griego y el númida, el sármata y el galo, el asiático y el egipcio, individuos de todas las comarcas, de todos los climas, de todas las religiones; allí acudían los hombres más notables, á gastar sus tesoros los ricos, á remediar su miseria los pobres, en busca de placeres y lujo los voluptuosos, de ciencia los sabios, de inspiración y nombradía los artistas y poetas; inmensa Babel y depósito de todo, á donde aflua con incesantes oleadas humanas lo mejor y lo peor del antiguo mundo.

Precisamente de Roma viene la voz de *bandido*, derivada de la palabra latina *bannitus* (desterrado), que se aplicaba á los que, forzosa ó voluntariamente, se apartaban de la sociedad civil para hacer la vida de los montes y despoblados, convirtiéndose en lo que hoy llamaríamos *bandoleros*, porque se dedicaban abiertamente al robo, en lucha continua contra la autoridad y las leyes. Dicho queda, al principio de la conferencia, que este vicio social aparece ya desde los primitivos tiempos, viéndose representado el bandolerismo por tribus enteras que, careciendo de medios de subsistencia, invaden los terrenos y arrebatan las cosechas de las vecinas comarcas; mientras la policía y defensa de la propiedad y el orden se hallan personificadas en los mismos labradores despojados, asociándose entre sí

para rechazar á los que les atacaban y desposeían. Pero donde toma terrible incremento y vastísima extensión el bandolerismo, es en los períodos que siguen á las guerras con el extranjero, y todavía más á las civiles; pues entonces queda sin ocupación ni recursos crecidísimo número de hombres, acostumbrados á vivir la vida aventurera de los combates, ineptos, por lo común, para toda industria y trabajo metódico y honrado, y materia dispuesta, por tal razón, para el merodeo y el pillaje.

Así, adviértese en Roma un recrudecimiento extraordinario del bandolerismo después de las enconadas y funestas luchas entre Mario y Sila, como consta por los principales historiadores. En esta época se conoce el bandidaje bajo cuatro nombres distintos. En primer lugar, hallamos los ladrones de las ciudades, á quienes hoy llamaríamos rateros, y los romanos apellidaban *manticularius*, de la palabra *manticula*, con que se designaba la escarcela ó bolsillo destinado á llevar el dinero; después los *laeistas* ó enlazadores, que ejercían otro procedimiento en su criminal industria, basado precisamente en cierta costumbre romana. Los patricios iniciaron la moda, seguida luego por casi todos los ciudadanos ricos, caballeros ó libertos, de colocar sobre los pórticos de sus viviendas las estatuas de sus antepasados ó de sus dioses tutelares, hechas de plata ó forradas de gruesas láminas de este metal precioso. Colocabánelas en altas hornacinas, ó sobre columnas fuera del alcance de la mano; por lo cual, durante la noche, solían robarlas echándoles diestramente un lazo de cuerda, y de aquí tuvo origen el mencionado nombre. Los *grassatores* ó ambulantes corresponden á nuestros facinerosos en cuadrilla ó salteadores de caminos. Solían guarecerse en montes, bosques y selvas; casi á las puertas de Roma adquirió siniestra nombradía, aún no borrada totalmente hoy, la selva *gallinaria*, infesta-

da por cientos y cientos de malhechores, que llevaron á veces su osadía hasta el increíble extremo de saquear á mano armada los arrabales mismos de la ciudad señora del mundo. Fué necesario organizar contra ellos un cuerpo especial de policía, que llamaron *vigiles*; y cuando estos registraban las espesuras y guaridas de los criminales, solían hallar tan enérgica resistencia, que más de una vez volvieron á la ciudad en vergonzosa fuga, después de rechazados y vencidos. Si la suerte les era contraria, embarcábanse los bandidos en lanchones y balsas, y por las lagunas Pontinas alcanzaban el mar, de donde caían como el rayo sobre cualquiera pueblo de la costa. Terminado el saqueo, internábanse de nuevo en los bosques. Y, por último, aún había otra clase de malvados más temibles; llamáronse *sicarios*, de *sicca*, puñal de hoja ancha y muy afilada, con que asesinaban á sus víctimas antes de despojarlas. La palabra *sicario* se ha conservado en las lenguas neo-latinas, modificando su significación primera; hoy se dá tan odioso nombre, á quien hiere ó asesina por mandato de tercera persona y precio convenido.

No podían las leyes romanas dejar impunes semejantes crímenes; ya el Código de las Doce Tablas dicta contra ellos la pena capital, declarando en todo ciudadano el derecho á la defensa de su persona y bienes; de día, después de haber clamado auxilio, y por esto se llamó *quiritaæ* (es decir, apellidar, invocar á los *quirites*), el acto de impetrar socorro la persona acometida; y de noche, aún era mucho más lato el derecho de defensa, pues pidiendo auxilio, ó sin pedirle, cualquiera podía quitar la vida á quien se introdujese de modo fraudulento en su morada; admitiéndose como lógico supuesto el propósito criminal en el hecho de penetrar en casa ajena furtivamente, y aprovechando la oscuridad nocturna, para falsear puertas, asaltar ventanas ó escalar muros.



Y no se crea que tales malhechores sumaban un número más ó menos crecido de hombres y mujeres, en pugna con la sociedad, y practicando el mal cada uno de ellos aisladamente y según su propia inclinación; sino que llegaron á organizarse de tan formidable modo, que hizo necesaria la creación de cuerpos de tropas (además de los de policía llamados *vigiles*) destinados exclusivamente á perseguirlos. Como nota característica del natural consorcio entre la superstición y el crimen, añadiré que estos mismos malhechores formaban una especie de cofradía ó hermandad religiosa, bajo la advocación tutelar de Laberna; diosa, parece extraño el decirlo, porque estas palabras juntas se pelean, diosa protectora de los ladrones y asesinos, que no solamente la tributaban culto, más también la dedicaron suntuoso templo junto á las puertas de Roma, y no lejos del monte Esquilino. ¡Qué mucho si tales devotos llevaban en su mente la creencia de la protección de la diosa, y colgado al cuello el retrato de la misma, que tal costumbre se haya reproducido y prolongado por muchos siglos, y muchas y distintas civilizaciones! Los bandoleros actuales de Italia imagínanse protegidos por la vírgen, á quien devotamente se encomiendan para el buen éxito de sus abominables fechorías; los españoles tienen también su vírgen ó su santo predilecto, á quienes consideran como protectores y abogados suyos; y no ha sido único el caso, al parecer increíble, de aprisionar en cualquiera despoblado á un fraile ó sacerdote, y obligarle á que los confiese y absuelva, y aún les predique un sermón, después de haberle desbalijado. Hacen muy buena liga y excelente maridaje la ignorancia y la maldad, engendradoras del delito, con toda suerte de supersticiones religiosas.

Además de los ladrones ordinarios, que podríamos llamar de manta y trabuco, usando impropiaamente la frase moderna, pues trabucos no los había entonces, nos

habla Catón el Censor de otros, á quienes apellidaríamos «de guante blanco,» ó ladrones decentes, y los clasifica y distribuye dentro de varias categorías, v. gr. los usureros; los testigos falsos á tanto el perjurio en pleitos y causas criminales; los captadores de herencias; los administradores infieles; los representantes de la autoridad en las provincias incorporadas á Roma, que en vez de administrar justicia expoliaban cínicamente las comarcas sometidas á su mando... en fin, menciona muchas especies de bandidos, por desgracia especies fecundas, según vemos por la multiplicación de sus numerosos descendientes. Cierto y verdad es, que este mismo Catón el Censor, tan indignado por la corrupción de su tiempo, no se quedó corto de uñas, pues cuando en España estuvo, ya de cuestor, ya al frente de las legiones romanas, procuró hacer su negocio, y de vuelta á su país llevóse en barras la friolera de mil ochocientas libras de oro, y veinticinco mil de plata, no para el tesoro de la República, según candorosamente han supuesto algunos, sino para su caja particular y aumento de sus tierras, equivalentes casi á una provincia, y del numeroso rebaño de sus esclavos, que por miles podían contarse. De modo que, estableciendo cierta proporción nada arbitraria, se ofrece formular esta pregunta:—¿Qué tal andaría el mundo romano en lo relativo á la moralidad, cuando el hombre que hacía estas y otras cosas peores todavía, pasaba entonces como tipo y ejemplo de integridad y buenas costumbres?

Pues si tal acontecía en tiempos de la República, y luego en los del Imperio la corrupción creció espantosamente, según atestiguan y prueban las historias con datos irrecusables, ¿á qué nivel moral había descendido la sociedad de entonces, en lo exterior dorada y brillantísima, y enteramente podrida en sus entrañas? Tan honda y general era esta podredumbre, que trajo co-

mo necesaria consecuencia la ruina del inmenso imperio romano ante la invasión de los bárbaros. Mucho más rudos éstos, pero también mucho menos corrompidos, volcaron con irresistible empuje el gran edificio del antiguo mundo, sobre cuyos restos crean nuevas naciones, echando las semillas de otra cultura política, social y religiosa. Pero no se verifican semejantes cambios y trastornos sin que la sociedad entera tiemble sacudida hasta en sus más profundos cimientos. De oriente al ocaso y desde el norte al mediodía, todo se extremece y cruge y se derrumba: parece que el género humano se halla herido de muerte, y mil voces pavorosas anuncian que muy en breve todo estará concluido. Profetas de la desgracia, no aciertan en sus predicciones. Han creído agonía lo que es crisis salvadora. La sociedad se transformará cuantas veces lo necesite; pero el sol que nos alumbra no brillará jamás sobre una tierra despoblada y vacía.

El carácter del bandolerismo en esta época es la osadía y la violencia. Se roba francamente y en todas partes. Los que roban no se llaman ladrones, sino aventureros, hombres de armas, caballeros, partidarios, condes, conquistadores. Y antes de seguir, pareceme oportuno establecer la debida diferencia: El Diccionario nuestro y todos los diccionarios de Europa distinguen de categorías, como Aristóteles, clasificando en diversos órdenes ciertas cosas, que si son iguales en el fondo, varían en sus accidentes; y así existe la palabra *ratero*, aplicable al ladronzuelo que sustrae objetos insignificantes, valiéndose mucho más de la astucia que de la fuerza; como siguiendo una gradualescala, llamamos indistintamente *ladrón* á quien se apodera de ajenos bienes sin ó contra la voluntad de sus respectivos dueños. Viene luego la voz *bandido*, calificativa del que pertenece á una banda ó grupo de hombres organizados para la detentación y el pillaje; pero si esta

misma agrupación de hombres enarbola bandera y proclama cualquier principio político ó social, aunque sólo sea como pretexto para encubrir sus fechorías, ya el nombre deshonroso de bandido se cambia por el de *partidario*: y si el partidario capitanea huestes numerosas y formidables y es persona de gran nombre y gerarquía social, y no se propone despojar al mísero caminante, ni saquear un cortijo, ni desbalijar una diligencia, sino apoderarse de pueblos enteros y naciones extrañas, recibe ya nombres pomposos y altisonantes, y se le apellida *conquistador*, *héroe sublime*, etcétera, etc. (*Risas.*) Pues mi auditorio se ríe, yo me río también, y así nos divertimos todos.

Digo estas cosas sin malicia, señores, ni segunda intención; y sólo para que se muestre la rica variedad del idioma, capaz de expresarlo todo y con toda distinción y finura. Desde la abatida ramera á la egregia señora de costumbres *galantes*, ya veis si existe enorme distancia en la calificación y apariencia, siendo las mismas perras con diversos collares. Pero dejémoslas en sus casas, ó donde estén, y volvamos á nuestros ladrones.

Concretándome á España, desde luego aparecen durante los siglos medios largas y revueltas épocas, que pudieran llamarse tempestuosas respecto á la plaga social del bandolerismo. Mas hay también un período bonancible y honrado, verdadera edad de oro en comparación con los anteriores y posteriores, período que se dilata desde la segunda mitad del siglo XII hasta pasada ya la primera del siguiente. Comienza esta dichosa centuria con el reinado de Alfonso VI el conquistador de Toledo, y termina algo después de Fernando III, conquistador de Córdoba y Sevilla. Durante el mencionado tiempo pudo decirse, como asegura un historiador notable: «Fueron tales la paz moral y el respeto á las leyes, que cualquiera débil mujer podía caminar

por todas partes con un puñado de oro en la mano, sin temor de insulto ni molestia.»

Mas á este tiempo, relativamente feliz, sucede otro calamitoso y turbulento hasta lo increíble. Sublevaciones de príncipes díscolos en contra de sus mismos padres, minorías turbulentas, aspiraciones avasalladoras de la nobleza, guerras civiles y exteriores, y por añadidura epidemias, inundaciones, terremotos y todo linaje de miserias, hacen que vuelva á levantar cabeza el bandolerismo armado, más rapáz, insolente y codicioso que nunca. Para ponerle coto, hácese declarar mayor de edad Alfonso XI á los catorce años, toma con vigorosa mano las riendas del gobierno y emprende tal campaña en pró de las violadas leyes, que alcanza el dictado de *Justiciero*. Baste apuntar como ligera idea de la deplorable situación del país, que no sólo robaban los facinerosos vulgares, sino también los mismos señores fortificados en sus castillos, llevando á tal extremo su desvergüenza y osadía, que hasta cobraban tributo á villas y ciudades, como contribución legítima, por no saquearlos é incendiarlos con sus huestes. Principia el rey *Justiciero* reorganizando la Hermandad Vieja de Toledo, especie de guardia civil establecida por San Fernando para persecución y exterminio de malhechores en campos y despoblados; hace escarmientos ejemplares derribando muy soberbias cabezas, hasta de individuos de su propia familia, entre ellas la de D. Juan el Tuerto, y... ya que nombro á este canalla, advertiré de paso un error. No le apodaban el *Tuerto* porque le faltase un ojo, como creen muchos, sino por ser contrahecho, con el espinazo torcido y un hombro más alto que el otro. Este fué el mismo infante que en el cerco de Tarifa estaba unido á los mahometanos, á quienes entregó el hijo de Guzmán el Bueno para que le degollasen, siendo tal infamia una de sus muchas fechorías. A su castigo si-

guieron otros tan numerosos como duros, y probablemente Don Alfonso hubiera llevado muy adelante su generoso empeño, á no haber sucumbido en una desoladora epidemia.

Tras de su muerte, hereda la corona D. Pedro I de Castilla, siempre en lucha contra sus hermanos bastardos y contra los nobles, rebeldes á someterse bajo de leyes comunes y ávidos de poder y de irritantes exenciones. Al calor de estas luchas y amparado por el desorden que necesariamente introducían en todas las esferas sociales, el bandolerismo vuelve á tomar cuerpo y propagarse durante este reinado y los sucesivos de la dinastía de Trastámara hasta el último tercio del siglo xv; de suerte, que el no haberse disuelto en tan largo como lamentable periodo la nacionalidad española, prueba inconcusa es de su profunda vitalidad y extraordinaria resistencia. A tal extremo llegaron las turbulencias políticas y la osadía de los nobles, que de la manera afrentosa que todos sabemos fué destronado en la ciudad de Avila el débil Enrique IV. Pueblos y comarcas enteras gemían bajo el férreo yugo de los señores de castillos y fortalezas; quienes, abandonando la guerra contra los musulmanes que ocupaban todavía una de las más fértiles regiones de la Península, se dedicaban al despojo, saqueo y degüello de cuantos excitaban su codicia ó su cólera. Las exacciones y tributos ilegales que Don Alfonso XI había logrado suprimir con tanta dificultad y esfuerzos, volvieron á gravar sobre aldeas, villas y ciudades; y tales fueron las demasías de aquellos magnates soberbios y depredadores, que cuando por muerte de Enrique IV los Reyes Católicos unieron las coronas castellana y aragonesa dando más amplia base á la nación española, propusieron con el mayor empeño poner coto á semejantes desmanes y violencias y castigar sin consideración alguna á sus autores. Para cuyo fin reorganizaron la Hermandad

vieja de Toledo, concediéndola amplia jurisdicción y atribuciones, y aumentando su fuerza hasta 2.000 ginetes y 8.000 infantes: desde entonces se llamó Santa Hermandad porque la bula del papa Clemente V aprobándola y autorizándola, empezaba con esta frase: *Vestra sancta fraternitas*, etc.

Tenemos ya en campaña un cuerpo formidable, compuesto de hombres escogidos y bien armados, con la aprobación del Sumo Pontífice, bajo los auspicios de la autoridad régia, dispuesto á limpiar el país de todo género de malhechores y que empieza á manifestarse con ejemplares y rápidas justicias. Aldeas, villas y ciudades, llenas de gozo al ver eficazmente defendida la seguridad común, elogian el reformado instituto y la acertada medida de los reyes; pero alguien protesta contra ella, alguien se opone al imperio de una ley protectora de la clase llana y á la existencia misma de la Santa Hermandad. Son muchos magnates y no pocos obispos. Aun no había transcurrido un año, cuando estos señores, constituidos en junta, determinan y acuerdan acudir, como lo hicieron, en son de queja y protesta á los Reyes Católicos, pidiéndoles encarecidamente la disolución de aquella Hermandad tan formidable para ellos. No sólo negáronse los reyes á la vergonzosa demanda; sino que aumentaron los susodichos 2.000 caballos y 8.000 infantes á 4.000 y 12.000 respectivamente, extendiendo su acción justiciera á toda España. Segunda vez nobles, obispos y prelados reclaman la supresión de esta milicia, y segunda vez desestiman los monarcas semejantes reclamaciones.

Para dar idea de cuan arraigados estaban en las clases superiores el bandolerismo y el menosprecio de toda ley, baste decir que sólo en Galicia tuvieron los reyes que ir conquistando castillo por castillo, demoliendo sobre 64 fortalezas, verdaderos nidos de buitres adonde se retiraban impunemente después de sus fe-

chorías magnates facinerosos y cargados de crímenes. Soberbio y cruel y poderoso entre todos ellos fué don Pedro Pardo de Cela, cuyo solo nombre hacía temblar las gentes en sesenta leguas á la redonda. Poseía en féudo, además de muchas villas, infinidad de fortalezas y lugares inaccesibles, abastecidos de armas, víveres y toda suerte de pertrechos para la defensa: y tan grandes eran sus medios y tan numerosas sus huestes, que por tres años seguidos luchó sin tregua contra todo el poder de los monarcas. Sitiado finalmente en su postrema guarida y siéndole ya imposible continuar la resistencia, apeló á la fuga; pero fué cogido, juzgado, sentenciado y muerto en garrote con su hijo D. Juan, mozo de veintidos años, en su propio y último castillo, arrastrado en seguida hasta los cimientos. Tal fué la agonía del bandolerismo en esa región de España durante el gobierno de los Reyes Católicos.

Pero en otras comarcas existían bandas de malhechores, con diversos nombres y aplicando á distintas cosas su actividad funesta. Unos eran llamados simplemente *malandrines*, palabra que ha quedado en nuestro idioma como aplicable á toda gente de baja ralea que vive de lo que ilícitamente adquiere. Estos eran ladrones de frutos en huertas y heredades, cuatrerros, expoliadores de viandantes aislados en sendas y encrucijadas: mendigos, peregrinos y santeros maleantes bajo capa de devoción; y más que todo, gitanos, que en número de muchos miles cayeron entonces sobre nuestro país, sin que nadie supiese la procedencia de semejante langosta; pues mientras unos la suponían originaria del oriente, otros la creían llegada de Egipto, y otros del norte de Europa; siendo este punto materia de disquisiciones largas y de contrarios asertos, ninguno de ellos comprobado todavía. Más temibles y feroces eran los *monfles*, moriscos procedentes de las provincias recién conquistadas, que no queriendo sujetarse al

cristianismo, ni tampoco emigrar al Africa, como muchos de sus correligionarios, se habían refugiado á las montañas; donde organizados ya y armados en gran número, llegaron á luchar de frente alguna vez contra las huestes reales, como sucedió en las Alpujarras; siendo lo más común el distribuirse en asoladoras cuadrillas para acometer alquerías, monasterios campestres y pueblos de corto vecindario, entregándose en ellos á la devastación, al saqueo y toda suerte de violencias y delitos. Aun peores que estos eran los *golfines*. De una parte, formaban sus bandas los monjes, que acabo de citar: y de otra los que podríamos llamar pregonados ó rematados; esto es, criminales empedernidos, sentenciados á muerte por los tribunales de Castilla, Aragón y Navarra y fugados de las prisiones; ó individuos rebeldes á toda ley, que ya no podían vivir en parte alguna. Mucho antes de terminada la reconquista se habla con terror de estos *golfines*, cuadrillas numerosas formadas de cristianos y mahometanos con lo peor de los sectarios de Cristo y de Mahoma. Generalmente operaban en territorios fronterizos, ó en sus cercanías, aprovechándose de tal circunstancia y de la duplicidad de sus elementos constitutivos; de suerte, que si cometían las depredaciones en tierras de cristianos, los musulmanes de la banda corríanse á las de sus correligionarios donde vendían el botín: y viceversa en caso contrario. Así, estas *honradas* gentes jugaban con dos barajas, una para ganar y otra para no perder, pues lo robado á cristianos lo vendían á los moros, y á éstos los despojos de aquéllos. A tantos males, según lo manifestado ya, pusieron término los Reyes Católicos organizando el país, abatiendo la soberbia de los nobles, recuperando de ellos los bienes usurpados y haciendo incorporar á la Corona las órdenes militares. Con lo cual pudo repetirse en el primer tercio del siglo xvi, cuando se vió el resultado de tan sabias medidas, que se podía

caminar seguramente por España, sin temor alguno de robo ni violencia.

Por desgracia, no duraron mucho la tranquilidad y el orden; pues apenas llegado Carlos I de España y V de Alemania, se esparce como la peste una multitud de flamencos avaros, que sólo cuidan de vender títulos y empleos y de allegar en breve término muchas riquezas, usando y abusando de su perniciosa influencia con el nuevo monarca. La desmoralización entonces, comenzando por lo alto, cunde y se propaga rápidamente á las capas inferiores, engendra sublevaciones que alteran la paz del reino, y otra vez tenemos el bandolerismo en campaña. Más el anterior impulso dado contra él había sido tan enérgico y la organización de la fuerza pública se hallaba tan adelantada, que no pudo adquirir el desarrollo de sus anteriores épocas. En el último tercio del siglo XVI y todavía bajo el gobierno de Felipe II aparecen con toda claridad en decadencia la casa de Austria y la nación española, decadencia que en progresión espantosa crece y amenaza rápidamente disolverlo y devorarlo todo, riqueza, industria, comercio, agricultura, armada, ejército, costumbres públicas y hasta la nación misma. El régimen teocrático daba sus naturales frutos.

Ya en 1558 había Felipe II mandado desmontar las prensas de imprimir, excepto las dedicadas á estampar misales, breviarios y libros devotos, conminando con pena de muerte y confiscación de bienes á los infractores de tan absurda ley. Su hijo Felipe III, en 1610, prohibe á los autores publicar fuera del reino sus obras, expulsa de un golpe centenares de miles de moriscos, gente industriosa y trabajadora; y después Felipe IV, según las mismas palabras de uno de sus historiadores, «cierra en absoluto la puerta á todo discurso ó investigación sobre materias políticas y de gobierno.» Con semejante bárbarie erigida en sistema, ¿cómo no

habían de sobrevenir la despoblación, la ignorancia, la miseria más general y profunda, y por consiguiente los ataques á las propiedades y personas, ó lo que es igual, el bandolerismo?

Ya Cervantes nos habla de los opuestos bandos de Niarros y Cadelles; de los Roque Guinart y Monipodios, de las almadrabas famosas de Zahara y de muchos otros centros, verdaderas universidades de malhechores: Lope de Vega, de otros bandidos feroces y temibles: y á medida que avanza el tiempo, y con él la ruina de la nación, vemos reflejada en la literatura, cada vez por manera más deplorable y vergonzosa, esta llaga social, hasta el reinado del imbécil Carlos II, en que se manifiesta algo encubierta con apariencias legales en las clases altas; pero descarada y gangrenosa en las inferiores.

Poco es cuanto se diga de tan infeliz reinado: y como no quiero prolongar esta plática, y temo siempre cansar la paciencia de mi auditorio, me limito á leer algún curioso documento. Por el estado de la corte puede calcularse lo que sería el de las demás poblaciones, en particular de las villas y aldeas, escasas de vecindario y de recursos, y muy singularmente el de los campos. La marquesa de Villars, esposa del embajador de Francia en Madrid, escribía, en carta dirigida á un su pariente con fecha de 1681, estas palabras, traducidas literalmente:—«¿Qué os diré de la increíble miseria de este reino? El hambre ha entrado hasta en el palacio real: hablé ayer con ocho ó diez camaristas, y la Molina me dijo que hacía mucho tiempo que no les daban pan ni carne. En las caballerizas del rey y de la reina sucede lo mismo.»

Otra carta del embajador de Inglaterra en Madrid, escrita doce años después de la anterior, ó sea en 1693, dice lo siguiente:—«Nos hallamos en un período de calamidad espantosa. Más de 20.000 pobres vagan deses-

»perados por las calles y las cercanías de la capital.
»Desde el 27 de Mayo la grande escasez se ha conver-
»tido en hambre terrible, y aumenta con los muchísi-
»mos que vienen de fuera. Yo me he arreglado lo menos
»mal que he podido; pero la dificultad de encontrar pan
»sin el auxilio de la autoridad, me ha hecho recurrir al
»corregidor, quien después de preguntarme cuántas
»personas componen mi familia, ordenó que se me ven-
»diesen veinte panes por día; pero hay que ir á buscar-
»los á Vallecas, que está á dos leguas, y yo mismo he
»ido esta noche con mis criados armados con fusiles,
»porque todos los días hay muchos asesinatos dentro
»de las mismas calles por un pedazo de pan. Mi secre-
»tario D. Francisco vió ayer cinco pobres mujeres aho-
»gadas por la multitud delante de una tahona.»

Y en el volumen III de la *Civilización Española*, dice Tapia:—«En Andalucía entonces moría mucha gente de hambre, y el consulado de Sevilla envió una diputación para representar que aquella ciudad había quedado reducida á la cuarta parte de la población que había tenido cincuenta años antes.»

Después de estas notas, fieles y auténticas y tomadas de documentos de aquella época, excusado es ponderar lo que sucedería con 20.000 pobres hambrientos vagando como perros sin amo por las calles de Madrid, que no tenía entonces la cuarta parte de su población actual, ni alumbrado, ni vigilancia pública: y bien se comprende que tan horrible miseria, común á toda la nación, produciría infinidad de atentados, desmanes y crímenes. A tal punto llegaron las cosas, que casi podía decirse no eran los peores los que hostigados por el hambre salían á robar por los caminos; pues las mismas instituciones oficiales que debieran servir de seguridad y protección, daban el mal ejemplo. Durante la segunda mitad del siglo xvi, y aun antes, cuando entraban en cualquiera ciudad nuestra, no ya tropas ex-

tranjeras, sino españolas, lo primero que se hacía era salir ambos cleros regular y secular en procesión por calles y plazas, llevando el Santísimo Sacramento y pidiendo á Dios con solemnes rogativas, que no sufriesen mucho los habitantes de la población por los desmanes, tropelías y escándalos de la soldadesca.

Y ¿qué mucho que tal sucediese cuando las tropas españolas no eran ya ni sombra siquiera de lo que habían sido? Las huestes españolas, en tiempos gloriosos para nuestra nación, formaban el ejército más instruído del mundo: en sus filas abundaban los humanistas, historiadores, pintores, poetas y matemáticos, distinguiéndose brillantemente en Italia de las tropas francesas, en las cuales apenas había algunos caballeros que supiesen leer y escribir; pero en la época del último vástago de la dinastía austriaca, la cultura y el valor fueron sustituidos por la ignorancia, la superstición y la ferocidad entre el paisanaje y el ejército. Sólo así tienen alguna explicación numerosos hechos por el estilo del siguiente:—En 1639 llegó á Madrid la compañía de D. Diego de Castro; y en dos semanas, á pesar de las rogativas que se hicieron implorando la protección divina, hubo nada menos, entre asesinatos y pependencias, que sesenta muertes violentas perpetradas por los soldados, y heridas por los mismos entraron cuarenta y dos mujeres en los hospitales. Y si esto pasaba ya, transcurrido apenas el primer tercio del siglo xvii, ¿qué no sucedería cuando terminaba el mismo, habiéndose ido acrecentando todos los males con progresión espantosa?

Baste decir que en tiempos de Felipe IV Portugal se emancipa, Andalucía y Cataluña intentan segregarse de la nación proclamándose independientes, piérdense inmensos territorios; y luego, aun antes de espirar Carlos II, ya las naciones europeas tramaban un propósito ó proyecto para repartirse entre ellas las provincias de

España y sus colonias y vastísimas posesiones de Ultramar; último y vergonzoso desastre que pudo evitarse por la vitalidad de la nación española y el cambio de dinastía. Con la borbónica ó francesa principia un mejoramiento social lento, pero fecundo: la administración y gobierno del país van organizándose; algunas voces se alzan contra la viciosa rutina y antiguas preocupaciones; se procura repoblar la Península, que había quedado medio desierta con sólo seis millones y medio de habitantes; se roturan espaciosos baldíos; se intenta, aunque en vano, que la nobleza y clero contribuyan equitativamente á los gastos públicos y cargas del Estado; se reprime algún tanto el poder abusivo y los fueros insolentes de la Inquisición, cuyas víctimas disminuyen considerablemente; se dá al pensamiento alguna libertad; se crean centros donde se estudien ciencias físicas, exactas y naturales, cuyas nociones aquí se habían perdido tan por completo, que de cincuenta y dos cátedras de matemáticas, cosmografía y ciencias naturales que tuvo la Universidad de Salamanca no quedó ninguna, excepto una clase de geografía elemental, sin esferas, mapas ni aparato alguno de enseñanza. Pero aprendían los estudiantes un insulso cuaderno manuscrito donde se daban ideas mezquinas y erróneas de las varias regiones de la tierra; y según Ptolomeo del número y posición respectiva de los astros. ¡A tal punto había llegado la decadencia del génio español! Y recuérdese que Alfonso el *Sabio*, en el siglo XIII, había sido el primero en rechazar el sistema astronómico de Ptolomeo; que en España se enseñaba el de Copérnico ya en el siglo XVI; por lo que parece increíble, de puro absurdo, que volviese á dominar la enseñanza geo-céntrica antigua, convencida de falsedad y desacreditada en todas partes; retroceso todavía mayor que lo sería el de suprimir hoy los telégrafos eléctricos para sustituirlos con los de mira y señales. Claro es que

en estas condiciones mucho tuvo que luchar y que hacer la nueva dinastía para arreglar el organismo de la nación, logrando poco á poco despertarla de su antiguo marasmo y encaminarla con rumbo de verdadero progreso.

Como antes manifesté, señores, las guerras civiles suelen dejar la triste herencia de un bandolerismo desenfrenado. No faltó semejante herencia después de terminada la guerra de sucesión; pero la energía de Felipe V consiguió sofocar el desorden en beneficio de la tranquilidad común. El bandolerismo quedó reducido á los piratas africanos que asolaban nuestras costas, de donde no podían separarse las barcas pescadoras y aun buques mercantes de mayor porte, sin grave riesgo de ser apresados. Las costas mismas, fuera de las grandes ciudades que tenían algunos medios de resistencia, se hallaban desiertas y despobladas de lugares, aldeas y caseríos por temor de tales agresiones; hasta que en tiempos de Fernando VI empezó á remediarse el daño, extirpándolo totalmente el heroico Barceló en el reinado de Carlos III.

Y no se crea que sólo en España la seguridad individual se hallaba poco protegida: en Italia, Inglaterra, Francia y Alemania, en toda Europa sucedía otro tanto, siempre á consecuencia de anteriores guerras y de la miseria pública. En Alemania y Francia, tras la devastadora guerra de los treinta años, había que fusilar en masa numerosas cuadrillas de soldados desertores, que en pueblos, aldeas y campos cometían los más feroces crímenes, yendo por lo común en compañía del robo, el asesinato y el incendio. En la misma Francia y en el siglo pasado infundían profundo terror *los abrasadores*, bandidos que no sólo desbalijaban caminantes, sino que á viva fuerza asaltaban y saqueaban granjas, caseríos y poblaciones de corto vecindario. En el siglo actual, y ya bastante adelantado, la justicia francesa tuvo que lu-

char no poco para el exterminio de la banda Poulman (1844), de la banda Thibert, compuesta de más de 800 malvados, entre facinerosos y encubridores (1847), de la banda Lemaire-Villot (1856), y de la de Graft que, bajo las honradas apariencias comerciales, era una verdadera plaga del imperio de Napoleon III.

Mas sin buscar ladrones en otras partes, pues aquí, á Dios gracias, los tenemos de sobra, de todas castas, pelos y calibres, basta para concluir esta ligerísima reseña de tales caballeros indicar que después de la guerra de la Independencia infestaron numerosas cuadrillas las comarcas de Galicia, Cataluña, Valencia, ambas Castillas y Andalucía. Tristemente famosas fueron en esta bella región de España las partidas de José María, el Rubio de Espera, el Barquero de Cantillana, el Chato de Benamejé y singularmente la llamada de los Siete Niños de Écija. Siempre la componían siete hombres, pues cuando alguno era muerto por los escopeteros y tropas destinadas á su persecución, muy poco, á veces horas no más, tardaba en completarse, volviendo á presentar el mismo número de siete intrépidos foragidos, así dispuestos á toda suerte de expoliaciones y atropellos, como á batirse con audacia increíble contra compañías enteras de escopeteros y soldados. Por cuya razón no faltaban gentes que los creían invulnerables. Cuando acabó la cuadrilla de los Siete Niños de Écija, aún había 64 hombres apuntados para ir sustituyendo á los que muriesen. De estos malhechores, los más terribles fueron una mujer, cuyo nombre no recuerdo ahora; un sacerdote, Fray Antonio de Legama, ahorcado en Sevilla (Noviembre 1817), y el cruel gitano Ulloa, alias *La Fiera*, también ahorcado en la misma ciudad, antes contrabandista y torero, y autor de esta copla, cantada por él momentos antes de subir al patíbulo:

Una mujer fué la causa
de mi perdición primera;

que no hay perdición de hombres
que por mujeres no venga.

Con efecto, la liviandad de su hermosa mujer le impulsó á derramar la primera sangre humana, degollando á ésta y al amante en la misma noche. Del terrible gitano Ulloa declaró el mencionado Fray Antonio de Legama «que él solo había matado hombres para llenar un cementerio.» Son palabras textuales.

Además de tales bandas, hubo otras famosísimas en toda España, cuyo funesto recuerdo todavía dura unido al nombre ó apodo de los malhechores que las acaudillaron. Pero ya que de estos nombres han tratado con exceso el romance vulgar y cierta clase de novelas, parece injusto el olvido en que se deja á otros hombres no menos arrojados y valerosos y mucho mejores, que, representando los fueros de la sociedad y la justicia, lucharon contra el bandolerismo y lo vencieron con su energía, y lo espantaron con rápidos y terribles escarmientos. Tales fueron, entre otros, Campa, Faletti, Barrón y Nozaleda. Creo excusado, señores, el hablar de los tiempos actuales, pues los conoceis de seguro tanto como yo y nada podría decir que no fuese repetición de lo ya expresado, y tal vez motivo para entrar en un terreno impropio de estas conferencias académicas y tranquilas.

Respiro al fin. Siento el alivio del que, habiendo llevado sobre sus hombros una carga abrumadora, la arroja al suelo y descansa. Respiro con libertad, pues ya puse término á tan larga enumeración de infamias y de crímenes. Voy á examinar ahora cuáles son las causas y cuáles podrían ser los remedios de esta llaga social, siempre viva y abierta y nunca por completo cicatrizada desde los siglos primeros de la historia. Si acierto, lo deberé mucho menos á la ciencia que á las inspiraciones de un alma honrada: si por desgracia me equivoco, jamás podrá faltarme para con vosotros la natural disculpa de mi buen deseo.

Paréceme haber dicho, ó cuando menos indicado, al principio de esta conferencia que el bandolerismo tiene y tuvo por causas y orígenes la perversión del sentido moral, la opresión de los poderosos, la falta de un buen sistema administrativo, las desigualdades irritantes de nacimiento y riquezas, las más irritantes aún de las recompensas concedidas al trabajo, todas las descarriadas pasiones y todos los injustificados sufrimientos. Y condensado y formulado en una sola palabra, EL MAL. Pero el mal, idea abstracta y contrapuesta al bien, tiene dos caras como el antiguo Jano bifronte y se manifiesta en sociedad bajo dos principales aspectos y con dos nombres formidables: la ignorancia y la miseria. Se dirá: pues si contra siete vicios hay siete virtudes, claro es que contra ignorancia y miseria son remedios eficaces la instrucción y el trabajo. Pero ¿cómo, bajo de qué forma, dentro de qué organismo, de qué manera podremos lograr tan satisfactorio resultado? Este es el problema.

Difficil es resolverlo, pero se resolverá. Yo os lo aseguro con plena confianza, yo que no lo he de ver, á vosotros que no lo vereis tampoco; porque la vida de una generación es sólo un minuto en el reloj infatigable del tiempo. Se resolverá ciertamente, si el hoy es hijo del ayer y padre del mañana; si hay lógica en el mundo; si el progreso no es una mentira; y si los divinos esplendores de la verdad futura y del reinado del bien, que todas las almas sanas desean y todas las inteligencias vigorosas columbran, no son un espejismo ilusorio y una burla infame. Escuchadme y participareis de mis convicciones.

Hay cierta cualidad del ánimo, designada con los nombres de paciencia, estoicismo, resignación, de que muchos moralistas han hecho una virtud, y virtud cristiana; pero cualidad ó virtud, á mi entender, tan dañosa, que si hubiera dominado siempre entre los hom-

bres, aún no habríamos logrado salir del estado salvaje. El verdadero principio y raíz del progreso y de todas las grandezas humanas ha sido y es el no resignarse al atraso y al sufrimiento; el procurar convertirlos en adelanto y goce. Los pueblos antiguos, azotados por el látigo de una ruda y bravía naturaleza, acariciados á veces por esa naturaleza misma, no podían atribuir al propio origen el sol vivificante que madura las cosechas y la tempestad que las arrasa; el viento bonancible que besa la nave y la conduce á otras regiones, y el huracán que la arrebató y despedaza y sepulta bajo las olas. Para explicarse ambos fenómenos, idearon dos principios ó dioses opuestos, el del bien y el del mal, el de la vida y el de la muerte. Adoraban al uno, al otro le temían. Para congraciarse con ambos se imponían espantosas penitencias y desgastaban sus rodillas delante de los altares; siempre el incienso velaba la faz impasible del ídolo; á veces no era sólo incienso lo que humeaba; era sangre de animales y también de hombres. A pesar de esto, las calamidades crecían: ¿qué hacer entonces? Resignarse. Doblaban sus adoraciones y súplicas; en vano: ¿qué hacían de nuevo? Resignarse. Mas en la edad moderna la sociedad inteligente ya no se resigna, ya no dobla la cerviz al yugo, ya no acepta lo malo como cosa irremediable y fatal, ni le busca lenitivo y curación con palabras vacías y ceremonias religiosas. Ha penetrado el gran secreto. Sabe muy bien que todos los ídolos son sordos; que sólo el hombre es el libertador y regenerador del hombre mismo, y que para caminar con acierto rumbo lleva en su propia inteligencia la estrella y el faro, la brújula y el piloto.

Vé, por ejemplo, que la palabra, encadenada al manuscrito, se propaga con suma lentitud, habla á muy pocos, se desfigura y perece. Un incendio, una guerra, una catástrofe impensada, pueden ser la muerte de fecundos y grandiosos pensamientos; pero produce la

imprensa, y esa palabra tarda y perecedera, toma las alas de la luz y la duración de lo eterno. Reconoce el hombre la cortedad de su vista, y atento á perfeccionarse de continuo, mediante su trabajo, inventa el telescopio, penetra los asombrosos espacios estelares, comienza á explicarse ya el organismo del mundo, presiente otras humanidades fuera de nuestro planeta mezquino, y para su anhelo de inmortalidad, una serie inacabable de ulteriores y gloriosas existencias. Abre con la pólvora los senos de la tierra, en busca de preciosos metales; pulveriza las rocas y montes opuestos á su paso; derriba el castillo feudal; disminuye, abreviando su duración, los estragos de las guerras, y aún hace predominar en ellas la cultura del espíritu sobre la ley brutal del número y de la fuerza física. Ya una barbarie nueva no barrerá como ola irresistible todo un mundo civilizado; la victoria es ya hermana de la civilización, y para el bárbaro no tiene laureles. Al día sucede la noche, encubridora de crímenes; y ¿qué hace el hombre? Por conductos subterráneos lleva y distribuye un leve fluido, que al inflamarse, produce súbita claridad; y el resplandor del gas ilumina ciudades enteras, y al día natural, al día físico, añade un nuevo día, que podríamos llamar *humano*, como inventado por el hombre. Y sin género de duda, hizo más en pró de la moralidad quien ideó y logró derramar torrentes de luz sobre las dormidas ciudades, que todos los predicadores juntos y todos los penitentes anacoretas de los desiertos. Porque el delito, el crimen y todas las infamias y maldades huyen de la luz, como los animales nocturnos desaparecen ante la claridad de la aurora. Opónese el inmenso mar á la comunicación entre pueblos situados en opuestas orillas, y nace la navegación; y no contento el hombre con avanzar, flotando al capricho del viento y de la ola, medita, y de su meditación fecunda sale el vapor; y el buque, juguete antes del Océano, lo

domina ahora con el propio impulso de la potente máquina encerrada en su seno, y zarpa y llega con rumbo y plazo fijo desde las costas de Europa hasta el extremo Oriente. El mismo vapor empuja por tierra la audaz locomotora, salva con rápido paso las fronteras transportando en pos de sí verdaderas muchedumbres, acercando el hombre al hombre, y haciendo de todas las naciones de un vastísimo continente como provincias de un solo pueblo. Y aquí aparece una vez más esa repetida coincidencia, que pudiera llamarse el sincronismo de la historia, y que hace de unas invenciones el auxiliar poderoso y el complemento de las demás. Si el ferrocarril avanza con la rapidez del viento, otra cosa infinitamente más veloz, el pensamiento humano, la palabra alada le precede y guía volando por el hilo eléctrico, tendido como lazo de alianza sobre todo el mundo civilizado, y vibrando sin cesar cual si fuese el sistema nervioso del mundo mismo. ¿Para qué seguir acumulando ejemplos? Tal vez alguien replicaría que, en verdad, son invenciones y progresos materiales debidos á las ciencias; pero que el orden moral permanece siempre idéntico, y aún no falta quien asegure que en él, lejos de adelantar, hemos retrocedido.

¡Invenciones y progresos materiales! Señores, yo siento decirlo, pero es verdad; la gran mayoría de los hombres repite las palabras como lo hacen los loros, por haberlas oído, sin penetrar su valor y significado; y eso que llaman sentido común, es lo menos común y más raro que existe. Pues ¿qué! ¿Puede imaginarse un progreso material, que no lo sea moral también y al mismo tiempo? ¿Tal influencia tiene todavía el criterio cerrado y estrecho de la Edad Media, que se ha de suponer hoy en el siglo XIX, de una parte el espíritu, y de otro la materia, separados y opuestos como irreconciliables enemigos?

Pero dejando esto ahora, por no meterme en re-

flexiones filosóficas que me llevarían muy lejos, y aceptando la absurda calificación de *progresos materiales*, añado: ¿son acaso también progresos puramente materiales la abolición de la esclavitud, la extinción de la servidumbre, la conversión de las monarquías despóticas y absolutas en gobiernos constitucionales, la repugnancia que el último de los jornaleros siente hacia la mendicidad, gala un tiempo del cristiano y como corona y complemento de sus mayores virtudes? Pues como han desaparecido ó van desapareciendo estas cosas, desaparecerá también la plaga del bandidismo poderoso, organizado y amenazante para el orden social. Claro es, que nunca dejarán de ocurrir casos aislados de rapiña, porque nunca los pueblos formados por hombres, pueden llegar á ser pueblos de ángeles.

Contra la ignorancia existe ya innumerable multitud de escuelas, pagadas por el rico, gratuitas para el pobre. Escuelas de párvulos, de adultos, de soldados en los escuadrones y regimientos: otras para enseñar oficios y artes mecánicas: escuelas subvencionadas por diputaciones y municipios, por corporaciones diversas, príncipes y particulares. Hay premios establecidos, consistentes en dinero, libros y ropas, que sirvan de estímulo á la aplicación; bibliotecas y cátedras abiertas para todos, sin excepción de clases ni personas. En muchos países la enseñanza primaria es obligatoria: en el nuestro se ha difundido notablemente desde hace treinta años. El nivel intelectual se eleva con rapidez, según lo comprueban los datos estadísticos. En el primer tercio del siglo presente los individuos de un centro académico, doctores casi todos y dedicados á la enseñanza, decían á Fernando VII:—«Señor, lejos de nosotros la funesta manía de pensar.» Hoy, si no constase la autenticidad de tales palabras, las creeríamos inventadas por algún chusco. Se combate, pues, enérgica-

mente la ignorancia, indudable concausa y gèrmen del bandolerismo: la ignorancia pierde terreno, retrocede paso á paso, es menor cada día, sus propios adeptos no se atreven á defenderla y sólo la apoyan oponiendo de una manera embozada y vergonzante obstáculos á la difusión de conocimientos, ó procurando falsear la enseñanza, entregándola en manos del clero. Ya que no alcanzan á suprimirla, intentan hacerla esclava de sus intereses y pasiones; pero en la lucha sostenida entre la luz y las tinieblas, ¿acaso puede ser dudoso el triunfo? Cada letra que aprende un niño es un grano de la semilla del bien depositado en su alma; y la sociedad, como el individuo, sólo recogerá la cosecha que siembre: al paso que multiplique las escuelas disminuirá los presidios. Pregúntese á la estadística por la instrucción de los confinados: ella nos demostrará con breves, pero elocuentes cifras, que en su inmensa mayoría la instrucción es nula; y en casi todos los demás casos, deficiente ó extraviada. El pecado original nuestro es la ignorancia.

En cuanto á la miseria, su remedio es mucho más difícil. Y no porque sea verdadera la frase melancólica de Malthus, de que «en el banquete de la vida no hay cubiertos para todos los convidados;» sino por la irritante desigualdad de las raciones para los convidados mismos. Unos revientan de plétora, mientras otros languidecen. El hambre del pobre y la indigestión del rico se completan: son los dos platillos de la balanza. Veamos si esta balanza tiene su fiel, y si es posible restablecer algún tanto el perturbado equilibrio. En primer lugar, es un hecho indudable para todo entendimiento reflexivo, que en esta vasta máquina del mundo cada cosa tiene su por qué, su oficio y su fin determinado. Cuando algo nos parece inútil ó supérfluo consiste ciertamente, no en que lo sea, sino en que todavía no hemos logrado averiguar y poner en limpio su na-

turalidad y aplicaciones. A medida que el hombre vá siendo más antiguo inquilino del mundo, vá conociendo mejor su casa y explicándose muchas singularidades y fenómenos de que antes no hallaba explicación satisfactoria; y así por analogía hemos llegado lógicamente á suponer con suposición racional que no hay ley, ni cosa alguna, ni la pieza al parecer más insignificante de la vasta máquina del mundo, que no tenga su causa y oficio de contribuir á la vida universal. Dicho esto y meditado con amplitud de espíritu resulta absurdo, no ya el afirmar, sino el sospechar siquiera que la tierra se halle falta de recursos para sostener y alimentar de un modo suficiente á los seres que hoy la habitan, y aun á muchos millones más que en lo sucesivo pudieran habitarla. Todavía se halla despoblada y desierta en las tres cuartas partes de su extensión: hay llanuras, montañas, selvas y bosques aún no pisados por planta humana, donde largás generaciones de árboles envejecen durante siglos y se derrumban al cabo sin saber lo que es el hacha; y miles de leguas de feracísimos terrenos se cubren de espesos matorrales sin saber lo que es el trigo. Aun suponiendo cubierta de pobladores la total extensión del planeta nuestro, para lo cual sería preciso suponer largas series de generaciones viviendo y desarrollándose al calor de no interrumpida y creciente civilización; todavía la tierra sobraría para mantenerlos ámpliamente, mucho mejor de lo que los mantiene y alimenta hoy mismo, pues centuplica sus fuerzas productoras á medida que las necesidades sociales y el trabajo humano se lo exigen. Es como una madre fecunda, cuyo ilimitado amor se extiende á todos sus hijos. Millares de ejemplos lo comprueban: para el caso actual basta citar uno solo, y es el siguiente: el territorio belga consta de 29.455 kilómetros cuadrados, es decir, menos que las tres cuartas partes de nuestras dos provincias extremeñas, cuya

medida superficial se extiende á 43.250 kilómetros. Sin embargo, Bélgica sostiene seis millones de habitantes, mientras los de Extremadura apenas pasan de medio millón, debiendo ser proporcionalmente unos ocho millones, y los de España 100, siguiendo el mismo cálculo de extensión territorial. ¿Por qué, pues, tamaña diferencia entre lo que debe ser y lo que es? ¿Acaso en clima, suelo y cielo resulta España inferior á Bélgica? De ningún modo. Al contrario, allí es el suelo arenisco y fangoso, la naturaleza fría y de escaso vigor; aquí hay sol caliente y tierra fecunda. Pero allí el trabajo humano lo aprovecha todo y hace brotar, cual Moisés, el agua de la roca; mientras aquí, perezosos y mal gobernados, sufrimos la escasez en el seno mismo de la abundancia. El continente asiático, el mayor y mejor del globo, á pesar de su extensión enorme, sólo tiene 725 millones de habitantes, cuando pudiera mantener más de 8.000. En la tierra, pues, hay lugar de sobra para todos cuantos llegan y pueden llegar al banquete de la vida. El sol y el cielo brillan y se extienden sobre todas las cabezas, y para todos difunden su dulce luz y suave rocío.

Pero la imperfección de los organismos sociales, el atraso en que todavía nos hallamos (aunque adelanto relativo comparado con anteriores épocas), la ignorancia de unos y el miedo y egoísmo de otros, hacen que de este abundantísimo banquete de la naturaleza gocen por completo pocos, se alimenten con más ó menos parquedad muchos, y de ninguna manera alcance para todos. Los excluidos sin piedad y los no satisfechos se quejan primeramente, murmuran después, la protesta se alza, y no hallando concordia razonable, surgen la rebelión, la violencia y la lucha.

Este secular combate entre quien carece de lo necesario y quien dispone en absoluto de lo supérfluo, lo vemos emprendido y continuado sin tregua desde los

tiempos más remotos de la historia, y dura todavía, y no verá su terminación ninguno de los que hoy vivimos; pero terminará, no lo dudeis. Revistiéndose de formas políticas, ha tomado muchos y diversos nombres; en su fondo siempre es el mismo y por lo mismo. Párias de la India, esclavos de Grecia y Roma, siervos del terruño bajo el régimen feudal, proletarios y jornaleros contemporáneos, todos son unos, y todos protestan contra la irritante desigualdad que los oprime. Sus esfuerzos van lentamente mejorando su condición, muy lentamente, es verdad, porque en la vida total y común los siglos son mucho menos que minutos en la vida del individuo. Por esto el carro de la civilización me parece que marcha tirado por tortugas. Es un engaño muy natural el que sufrimos. Lo mismo sucede con otras cosas. También cada día nos creemos exactamente iguales á lo que éramos al día anterior; sin embargo, de la niñez pasamos á la juventud y luego á la edad madura, y después nos hacemos ancianos, si la muerte no lo estorba. ¿Cuándo, en qué año, en qué día y hora se hicieron tales mudanzas? Nadie lo sabe; pero tampoco nadie duda de que se han verificado.

Pues bien; el hombre ha comprendido que sólo en su inteligencia hallará lenitivo primero y remedio después para la mayor parte de sus males; de esos males procedentes de un organismo social incompleto y defectuoso, que en vez de aprovechar todas las fuerzas equilibrándolas en lo posible y dirigiéndolas al fin más humano, las esteriliza en unos y concentra en otros, con perjuicio de todos, hasta de los que más favorecidos se juzgan. Y comprendiéndolo de esta manera, plantea el problema del proletariado (que lleva y entraña en sí el del bandolerismo), y dice:—¿Qué intereses luchan aquí como irreconciliables enemigos? ¿Dónde está la contraposición, engendradora del combate? Sí,

estos son los elementos de discordia: de una parte, el capital sin trabajo; de otra, el trabajo sin capital: aquí el propietario que dice:—«Soy dueño de mi hacienda y mi propiedad es sagrada.» Allí el trabajador que responde:—«Pues yo soy dueño de mi vida, que es otra propiedad sagrada también, más sagrada todavía que la tuya.» Pero la razón, muy superior á toda mira parcial y egoísta, dirígese á entrambos en esta forma:—¿Qué necesidad hay de que el trabajo vea su enemigo en el capital, y de que el capital vea su enemigo en el trabajo? Pues qué, ¿la riqueza por sí sola es acaso fecunda? Y el trabajo por su parte, ¿no requiere también el auxilio de la riqueza? Y siendo esto así, como indudablemente lo es, ¿cuánto más valdrá para entrambos elementos unir en próspero consorcio la riqueza y el trabajo, mezclar la semilla á la tierra fecunda para lograr abundantes y sazonados frutos?

Esta complicada y amenazadora cuestión entre el proletario y el capitalista plantéase ya bajo el supuesto de que el jornalero sea copartícipe de los productos á cuya existencia ayudó con su trabajo: tal es la idea madre, y ahora se discuten la forma, el modo, el tiempo, la extensión de sus aplicaciones. Y es naturalísimo que así suceda: primero siempre se ofrecen á la inteligencia los pensamientos de una manera confusa y vaga y como en borrón; después el estudio, los ensayos, la experiencia de muchos logran formularlos, definirlos con entera claridad y aplicarlos en beneficio de los pueblos. Durante esta misma legislatura fué presentada á la Cámara francesa una proposición firmada y apoyada por considerable número de diputados, y en ella se expresa claramente la doctrina de la participación del trabajador en los productos de la industria á que aplica sus esfuerzos; de que la antigua ley de herencias se modifique profundamente, sobre todo respecto de los herederos colaterales; de que el trabajo sea enaltecido y ase-

gurado, más de lo que la está, por las leyes, con objeto de que poco á poco vayan aunándose y confundíendose en amplia esfera común todos los valores y todas las actividades de la vida.

De otra manera, señores, si se desatiende la mancomunidad, mejor dicho, la fraternidad humana, girarán las naciones recorriendo continuamente un círculo fatal de engrandecimiento, decadencia y ruina, sin dejar tras de sí nada estable, nada fijo, nada sólido como huella de su paso por el planeta; de otro modo, las civilizaciones serán como esos círculos del Infierno que nos describe la sombría imaginación del Dante, siempre girando en perpetuo remolino, siempre volviendo después de fatigoso viaje al punto inicial de partida, sin ninguna mejora sólida, sin ningún adelanto independiente del continuo volver y mudanza de los tiempos, sin ningún resultado favorable y definitivo para la humanidad; y esto sería completa y absolutamente negar y desconocer la ley del progreso, que es ley suprema del mundo y de cuantos en él vivimos. Pues así como el hijo hereda á su padre, el siglo que nace hereda también al siglo que muere: cual depósito sagrado recibe sus conocimientos y obras, los corrige y acrecienta con su trabajo, añadiendo al heredado caudal el de sus propios estudios, observaciones y descubrimientos; y por tal manera es como va formándose y ensanchándose y alumbrándose con vivos rayos de luz este camino sin fin de que somos á la vez peregrinos y artífices, y que se llama el gran progreso humano. (*Aplausos.*)

Cuando este problema que hoy abiertamente se plantea y discute por superiores inteligencias se halle resuelto, cuando la fraternidad entre los hombres sea ya un hecho universal y glorioso, hecho que hoy mismo vislumbramos y llenos de fe inquebrantable anunciamos desde ahora para lo futuro con entera certidum-

-bre, entonces, unicamente entonces, es cuando podrán clamar pueblos y razas en la exaltación de su conciencia: "Dios está con nosotros, sus leyes se ven cumplidas, y sobre la tierra ensangrentada antes con horribles luchas, comienza ya su verdadero reinado". HE DICHO.

(Aplausos)

La página 579
Hacer copia
de lo que sigue

B 12140

Tomo III

100-581...

B-1616-18

B-12138-40